

La poesía social de Carlos Castro Saavedra

Escribe: EDMUNDO PEREZ GARCES. S. I.

"Su poesía recorre de arriba abajo a su patria, es poesía de aire y de espesura, es poesía con lo que le faltaba a los colombianos, porque allí existió siempre el mármol y el pétalo celeste, pero no estaba entre los materiales el pueblo, sus banderas, su sangre". (Pablo Neruda).

*"Este poema, hermanos, os ama mucho a todos,
está en todos los sitios con el dolor de todos..."*

*Este poema, hermanos, no se lee, se siente,
como una mano grande sobre el hombro" (2).*

Así es la poesía de Carlos Castro Saavedra. Poesía que ama con el dolor de todos, que se siente como una mano grande, como una mano amiga, cariñosa, fraternal, sobre el hombro adolorido de Colombia...!

Me parece superfluo extenderme en la consideración del ambiente socio-político que ha vivido el país las últimas décadas. Todo colombiano, todo americano, y casi podríamos decir que casi todo ciudadano del mundo actual, conciente de la historia, conoce nuestras desgracias.

Aquí ha surgido la poesía que ahora comentamos: a la sombra de la muerte, de la violencia, de los infortunios familiares y las tragedias generales, entre ríos de sangre fraterna... pero con un corazón de paz y una mirada cargada de esperanzas. La poesía de Carlos Castro es una bandera blanca, es ramo de olivo sembrando ilusiones en el alma de la patria.

Además de la temática de violencia y desgracias campesinas, Castro Saavedra ha incorporado a su poesía tópicos auténticamente nacionales: el pobre, el humilde, el hambriento, el campesino, el soldado. Con gran sentido de lo poético —en medio de un panorama tan oscuro y lastimoso que poco presenta aparentemente como tema de inspiración bella— el

autor de *Los ríos navegados* ha hecho una excursión, mejor, una incursión en el corazón del país y en las vidas de los colombianos pobres, sencillos, que saben tanto de sufrimiento...

Como gran colombiano y auténtico patriota, toda su poesía está sembrada en la tierra: ¡en su tierra colombiana! Alrededor de esta cálida realidad brota su inspiración. Los caminos, el polvo de las veredas, los campos de labranza, las horas amargas de lucha con lo más amado para un colombiano, su tierra, son el marco natural de sus poemas. Sus mejores páginas dentro de su poesía social tienen sabor a tierra, olor a pobre, y color de esperanza. Carlos Castro Saavedra cree en Colombia. Cree en sus hijos, cree en todos los hermanos, y sobre todo, cree en la tierra que nos sustenta a todos: Carlos Castro cree en el hombre:

*“Creeo en el hombre y amorosamente
rehago su esqueleto con mis manos,
y le pongo piel sobre los huesos
y le devuelvo todos sus veranos.*

.....

*Creeo en su boca y en sus dientes,
en la espuma de su saliva,
en las legumbres que se come
y en las manzanas que cultiva.*

.....

Creeo en su amor, creeo en su lucha.

.....

*Creeo, por fin, en su futuro,
en sus días maduros y mayores,
en el oro de sus espigas
y en el cuero de sus tambores” (3).*

En esta forma, con un poco de rudeza y un mucho de vibración humana en los elementos de su poesía, desentraña el corazón del pueblo y alienta esperanzas “en sus días maduros y mayores”. El vigor de sus cantos está alimentado continuamente con la sangre de la patria, con el ruido de las detonaciones fratricidas. Por este motivo sus páginas se cargan de un patetismo especial, característico de nuestros literatos cuando se comprometen con una realidad vigorosa, trágica, dolorosa, como la nuestra.

Su expresión goza de un dramatismo visual de gran colorido; los sentidos están al servicio de la inspiración y son la mayor ayuda para su expresión poética. El sentimiento hondo, hondísimo, de sus poemas, tiene lágrimas, sangre, hambre, sed, dolores de mujeres en cinta y de niños masacrados. De madres abandonadas, de hijos huérfanos; de padres fratricidas sin saberlo, de amigos leales, de desesperación, de amor y de muerte. ¡Es la vida!

Pero sobre todo, ¡tiene esperanza...! Casualmente la carátula de *Los ríos navegados* presenta una composición lineal integrada por figuras negras y verdes: es la imagen visual de su poesía social. El negro de las desgracias y la esperanza en una patria solemne, majestuosa, segura de sí y de sus hijos, con la paz en los ojos y el amor en la sonrisa.

Muchas páginas más podríamos adelantar en este análisis general; pero demos espacio a algunas de sus estrofas, para sentir el calor de su poesía nacional.

A las varias circunstancias que vive nuestro pueblo, corresponden poesías de Carlos Castro. Entre las primeras destaquemos *Camino de la patria*, pareados que expresan el anhelo patrio universal de paz y reconstrucción:

*“Cuando se pueda andar por las aldeas
y los pueblos sin ángel de la guarda.*

*Cuando sean más claros los caminos
y brillen más las vidas que las armas.*

.....

*Cuando en el trigo nazcan amapolas
y nadie diga que la tierra sangra.*

.....

*Cuando al mirar la madre no se sienta
dolor en la mirada y en el alma.*

.....

*Cuando la paz recobre su paloma
y acudan los vecinos a mirarla.*

*Cuando el amor sacuda las cadenas
y le nazcan dos alas en la espalda.*

*Solo en aquella hora
podrá el hombre decir que tiene patria” (4).*

Hay en estos versos sintonía, compenetración de angustia; anhelos de una paz pronta y duradera; hastío de años y años vividos en la desesperación de las trincheras, el éxodo de los campos y de las casas familiares campesinas.

Sus palabras permiten a sus versos cobijar con su expresión los sentimientos de todos los hermanos, y su poesía deja de ser poesía para convertirse en oración al Padre común de todos los hijos:

*“Señor, queremos paz sobre los montes
y paz sobre los ríos y los mares, Señor;*

*pacíficas estrellas en el cielo
y en los ojos del buey lunas pacíficas;*

*mansedumbre en el pecho de los hombres
y en el de las mujeres mansedumbre;*

.....
*amor bajo la piel de las naciones
y encima de la piel cicatrices de amor;*

.....
*esperanza sin sombra por la noche
y por el día andamios y esperanza;*

.....
*paz hasta que se arruguen los cuchillos
y hasta que caiga el odio, paz y paz;*

*paz en el alma, paz en la mirada,
y paz mil veces y mil veces paz" (5).*

Parecería que el poeta agotó las posibilidades de expresión en estas letanías de la paz. Al leerlas se siente la oleada de tantos cadáveres que parecen gritar desde sus tumbas:

*"silencio para el sueño de los muertos
y para el de los vivos más silencio" (6).*

El rítmico compás de los pareados va acumulando caudales de anhelos sobre el alma del poeta y del lector. La redundancia de cada bina, con su insistir metódico, martillea intermitentemente hasta explotar en el último pareado con ese sabor de angustia tan característico de Carlos Castro: "paz en el alma, paz en la mirada, y paz mil veces y mil veces paz".

Y es porque Colombia sin paz, no es Colombia. Por desgracia nos hemos acostumbrado a mirarla con su rostro enlutado, con sus jirones de hijos, con su sangría a borbotones, sin buscar el verdadero soplo de su aliento, la realidad de su rostro más íntimo, cuando cae el maquillaje de tantos crímenes y pobres. Con cuánta razón puede decir todavía hoy, Carlos Castro, su poema "Y no hay blancura en tu vestido blanco":

*"Te has vuelto triste y fea, patria bella,
patria de miel, te has vuelto de limones,
dulce patria, caballos de amargura
pastan en tus colinas y balcones.*

*Te volvieron oscura, patria diurna,
patria joven y diurna, te volvieron anciana
cogieron y arrugaron tu pellejo de orquídeas
y apagaron a golpes tu color de manzana.*

.....
*Patria de pan, tus montes tienen hambre,
tienen sed tus labriegos, patria de manantiales,
y no hay blancura en tu vestido blanco,
patria de espuma, ovejas y arrozales.*

*Si pudiera decirte, patria mía,
lo que sufro por todo lo que tienes,
por todo lo que tienes y te falta,
me moriría tranquilo en tus rodillas,
como se muere un hombre que conversa palomas
y le queda un hermoso dolor en la garganta” (7).*

La identificación del poeta con el dolor de la patria crece en intensidad a través de la obra: ya no puede prescindir de la terrible verdad de nuestra sangre, y es él mismo la herida de la nación:

*“Mientras en mi país la muerte armada
a quemarropa mate la mañana,
yo no puedo escribir sino con sangre
porque yo soy la herida colombiana...” (8).*

A pesar de todo, de su profunda sangría, no termina el poeta sin dejar brillar en sus versos la esperanza, verde, con el verde de la esmeralda colombiana:

*“Trabajo cosas tristes por el mundo,
mi ocupación es triste y cotidiana,
pues me gasto las manos en el suelo
buscando una esmeralda colombiana.*

.....

*Pero yo se que voy de vidrio en vidrio,
con pies cortados, con orquesta humana,
a inaugurar la música y el día
sobre toda la tierra colombiana” (9).*

Cambiamos ahora un poco, el foco de nuestro análisis. Abramos más la mirada para captar en esta poesía la íntima relación que hace nacer el poeta entre los campesinos muertos y la tierra que sustenta a los vivos:

*“Los muertos trabajan en silencio
desde hace muchas lunas y muchos soles.
Trabajan sin afán, pacientemente,
y nunca se envanecen de su obra.*

.....

*A los muertos se debe todo lo que florece,
todo lo que madura en los sembrados...
Ellos son los que tejen amapolas
con hilos de su propia sangre.
Ellos son los que doran la piel de los racimos
con el poco de fuego
que aún conservan de la vida,
Ellos son los que crecen,
cerca de las aldeas,
convertidos en rubias plantaciones de espigas” (10).*

Hay cariño en sus palabras; en ocasiones la inspiración es más feliz o la expresión más rica, pero siempre hay calor humano, calor de amigo y de hermano, y fundamento poético en la materia y contenido que engendran una forma propia, personalísima, clara, sentida, colorista.

Junto a los labriegos ocultos que bajo tierra están “abriendo las semillas con sus manos nevadas” (11), avanzan con el sudor en la frente los vivos, en procura del pedazo de pan para sus hijos, abonado por sus muertos. La lucha es dura, continua, estéril con frecuencia; en ocasiones las fuerzas físicas y morales parecen abandonar el cuerpo: es entonces cuando el colombiano eleva los ojos al cielo y grita con Castro Saavedra:

*“Señor, danos a todos un poco de tu fuerza
y ponte del lado de nosotros, los que luchamos
por el pan diario y por un mundo nuevo
lleno de hombres libres y de hombres hermanos.*

.....
*Sacúdenos el polvo, el sudor y la sangre
para que nadie luche con el cuerpo nublado
y brillen las columnas de hombres, los esfuerzos
entre las tempestades y las botas espesas.*

.....
*Señor, y sobre todo, enséñanos el perdón
para que no haya vencedores ni vencidos,
y la victoria sea la victoria del hombre
y el principio de un día interminable” (12).*

En el grupo de poesías sociales de este autor, hay una de primera línea que brilla con luz propia; es, “¡El pan”! En ella se describe “la vida del pan” —llamémosla así— y su influjo en los sucesos de la sociedad, del hombre. Pan amasado por las manos de los muertos —siempre los muertos— y pan que alimenta y sustenta a los hombres en sus rudas jornadas: son los muertos los que alimentan a los vivos y es el pan el que conduce a los hombres por la vida hasta la muerte:

*“Nací en la tierra, entre los muertos,
los muertos me amasaron con sus manos podridas,
y me dijeron que creciera
y buscara la boca de los hombres.*

*Fui tierra, semilla, espiga, harina,
viajé en talegos blancos y viajé en buques negros;
me compraron, me ataron, me vendieron
y cantaron encima de mí los panaderos.*

En los hornos quemaron mi blancura

.....
Pero no me dejaron y me pusieron preso

*No he podido salir a poseer el mundo,
a recorrer los dientes y los barrios,
a repartir mi corazón de trigo.*

.....
*Pertenezco a mis hijos, a los hombres
y no puedo nutrirlos con mi masa de padre,*

.....
*Estoy preso, hijos míos, estoy preso,
preso porque en el fondo sigo blanco,
preso porque me gusta que me muerdan los pobres,
preso porque me duele ser amargo.*

*Soy el pan y tengo hambre,
hambre de amar y de calmar el hambre;
soy el pan preso, hambriento de la tierra,
venid a libertarme" (13).*

¿Verdad que es esta de sus mejores poesías...? De las mejores logradas en su conjunto poético-social. Castro Saavedra no pierde esos matices fuertes, violentos, que lo distinguen, manteniendo siempre el dominio del buen gusto, sin excesos, sin buscar los bajos y más prosaicos reductos de la vida. Es verdad que, poesía es vida, pero no solo lo bajo de la vida es lo poético por real que sea; esto lo sabe muy bien Carlos Castro.

Nos enseña a amar lo sencillo, lo ordinario de la existencia, eso sí; es decir, nos enseña a amar la vida de nuestro pueblo aguerrido. El poeta se asemeja al panadero que hornea el pan a gusto nuestro y amasa día a día nuestro sustento, cuando con su poesía amasa nuestros sentimientos patrióticos y hornea a su calor el amor a todo lo colombiano. Qué ciertas son sus palabras en los versos de su poema *El poeta camina por la tierra*:

*"...siempre hay un hombre, un panadero
que amasa panes, patrias y poemas.*

*Yo me quedo contigo hombre de barro,
hombre de cal y canto,
de carne coronada de fusiles,
de pecho agricultor, de boca seria,
de inocencia rural, de frente diaria,
de sol a sol, de células sedientas,
de camisa doblada hasta los codos,
de infortunios doblados hasta el alma,
de brazos cereales y desnudos,
de tenaces amores con la tierra,
de terribles caídas tierra adentro..." (14).*

“Yo me quedo contigo hombre de barro...” y más cuando eres hermano mío con la sangre de la patria. Más aún, también si eres americano; Castro Saavedra abre su corazón a las Américas y quiere hermanar en un solo haz de espíritus los diversos países y personas:

*“Acércate a mis párpados peruano,
chileno, escribe cuecas en mi pecho
que yo les pongo música, les pongo corazón.*

.....

Ecuatoriano, sube hasta mis hombros,

.....

*Míos de toda América, hermanitos
de arcilla, de agua, de acontecimientos,
de aromas, de aluviones, de centenos,
al fin de este poema, míos de toda América,
hermanitos, cantemos, y cantemos” (15).*

En el desarrollo de su pensamiento la concepción de la patria llega hasta ocupar el lugar de privilegio de esposa, de amada, de madre. Es realmente para Carlos Castro la madre patria, la tierra amada y madre; cuando la distancia lo separa de Colombia su recurso poético más espontáneo y fecundo es la evocación. Es entonces cuando piensa en su patria con cariño de esposo y de hijo en medio de un lenguaje transparente y figurado a la vez:

“Te pienso desde Europa, esposa mía

.....

*y persigo por todas las patrias y los mapas
tu pecho montañoso, tus rebaños de leche,
y la desesperada tierra de tus volcanes
y la cicatrizada corteza de tu vientre.*

.....

Tu olor de tierra joven me golpea...

.....

*Con barro de mi barro, con arcilla de América,
con fuego de tus manos y tu aliento
estás haciendo un hijo americano.
Y escucho tu trabajo desde Europa,
escucho el crecimiento de tu vientre
y escucho el crecimiento de tu ropa.*

.....

*Sigue creciendo esposa mientras vuelvo,
esposa mía, esposa de los montes,
madre de los arados y los vientos...” (16).*

Pero... dejando con dolor tantos y tantos aspectos, fijemos la atención en uno más, exquisito en su delicadeza; es un matiz más de su sensibilidad social y poética: *El niño frío*. Es esta poesía un llamado a la conciencia nacional para solucionar el problema de la infancia abandonada. "Este niño es la patria con seis años, es Colombia chiquita...", llega a decir en un momento de inspiración notable. El poema se desenvuelve en un tono directo, plástico, lleno de emoción y sensibilidad social. Castro Saavedra no puede prescindir de su patria, ni dejar de enmarcar a sus hijos en el paisaje y la bandera colombiana. El barro, el trigo, la patria, la bandera y ese niño son una misma cosa con el poeta: ¡son Colombia!

*"Para un niño que duerme en plena calle
pido un metro de cama,
un poquito de almohada,
un pedazo de pan y un pedazo de madre.*

*Este niño es la patria con seis años,
es Colombia chiquita,
es un grano de tierra,
de nuestros montes y nuestros barrancos.*

*Pido para este niño lo que es suyo:
una cobija roja,
tejida con la sangre
que ha caído del pecho colombiano.*

*Barro de nuestro barro es este niño,
cántaro boyacense,
tristeza de bambuco,
trigo que le nació de los muslos al indio.*

*Debajo de su piel y sus harapos,
debajo de su sueño,
hay abuelos cobrizos,
y hay yacimientos milenarios.*

*Para este niño frío, cifra de nuestros males,
pido calor de patria,
pido que la bandera
lo envuelva en sus colores nacionales" (17).*

Hay logros extraordinarios que hacen de Castro Saavedra un poeta nacional con todo lo que esto significa. La sensibilidad receptora de su obra poética no es ni ordinaria ni aparente; es de tal ritmo, de tal vuelo y profundidad poética que consigue transplantar el alma acongojada del colombiano contemporáneo, y comunicar un poco de amor, de consuelo, de comprensión, de esperanza, al lector de todas las capas sociales.

A los pobres los compadece; a los ricos los conmueve... y a todos invita al amor, a la paz, a la concordia, al perdón, a la reconstrucción de ese rostro materno tan cicatrizado todavía.

Para acrecentar sus valores notemos que su poesía —como lo insinuamos antes— desborda los límites nacionales para invadir la América. Toma la voz del Continente, la voz de los que sufren, especialmente y la lleva a los oídos del mundo en forma bella y sentida. Se centra en Colombia, es verdad —porque es su patria— pero con tal amplitud de corazón, con tal conciencia de americano, que su aliento anima con igual espíritu a todos los pueblos.

Colombia en especial le debe mucho: “Su poesía recorre de arriba abajo a su patria, es poesía de aire y de espesura, es poesía con lo que le faltaba a los colombianos, porque allí existió siempre el mármol y el pétalo celeste, pero no estaba entre los materiales el pueblo, sus banderas, su sangre.

“Gran ejemplo es el de este joven que de pronto asume toda la voz de un pueblo y se dispone a erigir de nuevo la dignidad sin más armas que su poesía...

“No pierde en sonido ni en color porque sus raíces van hondo en el subsuelo de la cultura y estas se fortalecen floreciendo para los pueblos...

“Su poesía restañará los dolores y encenderá su fulgor en la paz de su patria” (18).

Qué bien lo dice Pablo Neruda en este trozo del Prólogo a la obra que hemos analizado, *Los ríos navegados*; la poesía de Castro Saavedra seguirá siendo un bálsamo para las heridas de la patria, y una antorcha firme y arrolladora que abre senderos de paz al compás de la esperanza. ¡Que este grito nacional en palabras de poeta sea fecundo al caer en tierras americanas!

NOTAS

- (1) *Los ríos navegados*, Carlos Castro Saavedra. Editora Popular Panamericana, S. A. Primer Festival de Escritores Antioqueños. (Lima, 1961). N. B.: Todas las poesías citadas hacen referencia a este libro y edición.
- (2) Amor en la guerra. Pág. 43.
- (3) Yo sí creo en el hombre. Págs. 44-46.
- (4) Camino de la patria. Pág. 19.
- (5) Plegaria desde América. Págs. 26-28.
- (6) Idem. Pág. 28.
- (7) Y no hay blancura en tu vestido blanco. Pág. 66.
- (8) Entre las llamas de Colombia. Pág. 79.
- (9) Idem. Pág. 79.
- (10) Los labriegos ocultos. Pág. 29.
- (11) Idem. Pág. 30.
- (12) Plegaria del hombre. Pág. 31.
- (13) El pan.
- (14) El poeta camina por la tierra. Pág. 75.
- (15) Idem. Pág. 77.
- (16) Esposa América. Pág. 137.
- (17) El niño frío. Pág. 57.
- (18) Prólogo. Pág. 9.